



Buenas Nuevas Católicas

BuenasNuevasCatolicas.org

Caminando con Papá en el jardín de la vida

© 2026 por Terry Modica
Good News Ministries

¿Has notado que, en un jardín, es más fácil experimentar la presencia de Dios que en casi cualquier otro lugar? Orar mientras estás sentado en un jardín, lo contemplas o trabajas en él es una forma de conectar directamente con nuestro Creador. ¿Por qué será?

Sospecho que es porque, de alguna manera, es un regreso al Jardín del Edén. Fue allí donde se hizo realidad por primera vez la relación íntima que Dios deseaba tener con todos los seres humanos que creó. Ahora Él quiere restaurar para nosotros esa cercanía que nuestros primeros padres, Adán y Eva, perdieron.

Una de mis tareas favoritas es cortar el césped. Me resulta una excelente terapia. Durante el verano, cada semana tengo la oportunidad de transformar un terreno desprolijo y problemático en una hermosa alfombra verde y uniforme. Mientras conduzco la cortadora, mi niño interior recuerda los momentos en que jugaba en el amplio jardín de la casa donde mi abuelo pasó su infancia. Es un recuerdo maravilloso que, de inmediato, me devuelve la sensación de sentirme aceptada y libre para ser yo misma.

Cuando mis padres se mudaron a vivir con mi esposo y conmigo, mi papá a veces comentaba cuánto disfrutaba yo cortar el césped. Decía que eso le hacía recordar lo mucho que él también había disfrutado hacerlo. Y siempre añadía: «Me gustaba tanto que nunca dejaba que nadie más lo hiciera.»

¿Por qué le gustaba tanto eso? ¿Por qué a mí también me gusta?

Durante mi adolescencia, mi papá cultivó una huerta en el patio lateral de la casa. Yo no le prestaba mucha atención, y él tampoco me invitaba a participar. No fue sino hasta que compré mi primera casa cuando descubrí la alegría de sembrar semillas, esperar con impaciencia a que brotaran y, finalmente, disfrutar de verlas convertidas en alimentos en mi mesa, con un sabor mucho mejor que cualquier cosa comprada en una tienda.

Estaba participando en el milagro de la creación de Dios y, al mismo tiempo, experimentando la generosidad de su abundancia. Mis zapallitos crecían enormes y se multiplicaban tanto que regalaba una buena parte y, aun así, ¡me seguían sobrando!

Entonces Dios dijo: «Les doy toda planta que da semilla sobre la faz de toda la tierra, y todo árbol que tiene fruto con semilla. Ellos les servirán de alimento.» (Génesis 1, 29)

«No se olviden de hacer el bien y de compartir con los demás lo que tienen, porque esos son los sacrificios que agradan a Dios.» (Hebreos 13, 16)

La voz de Dios es más fácil de escuchar en un jardín —o al aire libre, en cualquier lugar de belleza natural— que en casi cualquier otro sitio. Sin embargo, he descubierto que hay un lugar aún mejor para encontrarme con Él: la iglesia, donde podemos adorar a Jesús presente en la Eucaristía. Él es nuestro Mediador, quien hace posible y fortalece nuestra comunicación con el Padre.

Quizás tú también tengas otros lugares especiales donde te resulte más fácil escuchar a tu Papá del cielo hablándote. No todos pueden tener un jardín, pero cualquiera puede crear un rincón de oración decorando una habitación con imágenes de flores y algunas plantas vivas en macetas, convirtiéndola en un espacio propicio para encontrarse con Dios.

Uno de los tesoros más preciados de mi infancia me lo regaló mi abuela. Nana me obsequió un pequeño cuadro con flores de jardín. En él estaba impreso un breve poema:

*El beso del sol como signo de perdón,
el canto de las aves como expresión de alegría
En un jardín se está más cerca del corazón de Dios
que en cualquier otro lugar de la Tierra.*

Aunque todavía no había plantado mi primer jardín, aquellas palabras resonaban en lo más profundo de mi alma durante mi adolescencia. En ese momento no entendía por qué.

Forma parte de un poema más extenso de Dorothy Frances Gurney (1858–1932), poeta y compositora inglesa de himnos. Su padre era sacerdote anglicano. Su esposo, Gerald, también era sacerdote anglicano pero, ambos, se hicieron católicos en 1919. ¡Quizás ella haya sido mi primera santa patrona!

El Jardín de Dios

*El Señor Dios plantó un jardín
en los primeros y puros días del mundo,
y puso allí un ángel como guardián,
envuelto en un resplandeciente manto de luz.
Tan cerca estaba de la paz del cielo
que el halcón podía anidar junto al gorrión;
porque allí, al fresco del atardecer,
Dios caminaba con los primeros hombres.
Y sueño que estos jardines cercados,
con su sombra y sus prados salpicados de sol,
con sus lirios y sus pérgolas de rosas,
fueron trazados por la mano de Dios.*

*El beso del sol como signo de perdón,
el canto de las aves como expresión de alegría...
Uno está más cerca del corazón de Dios en un jardín
que en cualquier otro lugar de la tierra.
Porque Él lo conquistó en un jardín,
bajo los olivos,
donde el ángel de la fortaleza velaba,
y el alma del mundo encontró descanso.*

Analicemos esto.

«El Señor Dios plantó un jardín en los primeros días puros del mundo»—el Jardín del Edén o en el que «Dios caminaba con los primeros hombres». El primer deseo de Dios para su relación con los seres humanos era vivir en una comunión íntima, caminando juntos y conversando como un Padre amoroso con su hijo amado. Hoy, cuando caminamos por un jardín o por cualquier lugar hermoso que Él ha creado, volvemos a entrar en el primer deseo del Padre para nosotros. Jesús restauró esta comunión cuando abrió de par en par la puerta del Paraíso mediante su “sí”, al ofrecerse a sí mismo como sacrificio por nuestros pecados en el Huerto de Getsemaní, “bajo los olivos”.»

¿Cuál fue el primer pecado de nuestro primer padre humano? La desobediencia. Comió del árbol que Dios le había prohibido comer. Pero el problema es mucho más profundo que eso. Sabemos que nuestra primera madre sucumbió a la tentación porque escuchó los engaños seductores de la serpiente y permitió que esta la engañara. Pero ¿cuál fue la tentación de Adán?

Nuestro primer padre —como muchos padres desde entonces— no cumplió con su deber de servir a su familia como protector contra el mal. Adán representa al hombre a quien se le ha dado la verdad, pero que no protege a su alma gemela (y, por extensión, a sus hijos) de las mentiras del Diablo. ¿Dónde estaba Adán cuando Eva vio a la serpiente? Estaba con ella (ver Génesis 3, 6). Observando en silencio. Cooperando en silencio con la mentira porque no habló. Aceptando en silencio el pecado cuando recibió el fruto del mal que Eva le ofreció.

Entonces, ¿cuál creen que era la imagen que Adán tenía de Dios? ¿Un Padre que permanece en silencio cuando llega la tentación? Recuerden que Adán se escondió de Dios después del pecado. ¡Pensó que realmente podía esconderse! Es el padre que, con su comportamiento, enseña la idea equivocada de que podemos hacer lo que queramos porque el Padre no nos ve; que Dios no está siempre con nosotros.

Tenemos una elección: seguir los pasos del padre Adán o seguir a Jesús hacia el Padre que desea sentarse contigo en el jardín, caminar contigo a lo largo de la vida y comunicarte su amor. Más que cualquier otra cosa, Papá quiere tener contigo una intimidad que haga brotar vida nueva.